

# Frantz Fanon

## RACISMO Y CULTURA<sup>1</sup>



EL HILO DE ARIADNA

La reflexión sobre el valor normativo de ciertas culturas, decretado unilateralmente, merece retener la atención. Porque una de las paradojas rápidamente redescubierta es la del *choque* producido como reacción a ese decreto, de ciertas definiciones egocentristas, sociocentristas. Pues se ha afirmado en un comienzo la existencia de grupos humanos sin cultura; después, de culturas jerarquizadas; y finalmente, la noción de relatividad cultural. Un periplo que va desde la negación global hasta el reconocimiento singular y específico. Y es precisamente esta historia fragmentaria y sangrienta la que debemos esbozar a nivel de la antropología cultural.

Existen, podríamos decir, ciertas constelaciones de instituciones, vividas por hombres determinados, en el marco de zonas geográficas precisas que, en un momento dado, han sufrido el asalto directo y brutal de esquemas culturales diferentes. El desarrollo técnico, generalmente alto, del grupo social que lleva a cabo ese asalto, lo autoriza a instalar una dominación organizada. Entonces el trabajo de *desculturación* se convierte en la versión en negativo de un mucho más amplio trabajo de avasallamiento y sometimiento económicos, e incluso biológicos.

Con lo cual, la doctrina de la jerarquía cultural no es, pues, más que una modalidad de la jerarquización general sistemáticamente proseguida de una manera implacable. En esta línea, la teoría moderna de la ausencia de

<sup>1</sup> Este texto es la intervención de Frantz Fanon en el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros, desarrollado en París en septiembre de 1956. En él se realiza una brillante y aguda radiografía del fenómeno del racismo, y de su compleja vinculación tanto con el colonialismo como también con el capitalismo. Y todo ello, desde una perspectiva crítica que recupera y reivindica sin problema sus raíces y elementos marxistas, a diferencia de las débiles, irracionalistas y antimarxistas teorías actuales de la 'decolonialidad' o del supuesto 'pensamiento fronterizo'. *Contrahistorias* la recupera ahora para sus lectores, en esta traducción del francés al español de Carlos Antonio Aguirre Rojas.

integración cortical de los pueblos coloniales, es sólo su vertiente anatómo-fisiológica. Así que la aparición del racismo no es fundamentalmente determinante. Porque el racismo no es una totalidad en sí, sino sólo el elemento más visible, más cotidiano —para decirlo de una vez—, y en ciertos momentos, el más grosero de toda una estructura dada.

Estudiar las relaciones entre el racismo y la cultura es plantearse la cuestión de su acción recíproca. Y si la cultura es el conjunto de comportamientos motores y mentales nacido del encuentro del hombre con la naturaleza y con sus semejantes, se debe decir que el racismo es verdaderamente un elemento cultural. Hay pues culturas con racismo y culturas sin racismo.

Sin embargo, este elemento cultural preciso no está todavía enquistado. Pues ese racismo no ha podido aún esclerosearse. Y entonces le ha sido preciso renovarse, matizarse, cambiar de fisonomía. Le ha sido preciso experimentar la suerte del conjunto cultural que le daba forma.

Al principio, el racismo vulgar, primitivo, simplista, pretendía encontrar en lo biológico, ya que las Escrituras se habían revelado en este punto como insuficientes, la base material de la doctrina. Sería fastidioso recordar los esfuerzos emprendidos entonces: forma comparada del cráneo, cantidad y configuraciones de los surcos del encéfalo, características de las capas celulares de la corteza, dimensiones de las vértebras, aspecto microscópico de la epidermis, etc. De este modo, el primitivismo intelectual y emocional aparecía como una consecuencia banal, como el simple reconocimiento de un hecho existente. Pero pronto, tales afirmaciones, brutales y masivas, cedieron el lugar a una argumentación más elegante. Sin embargo, aquí y allá, continúan saliendo a la luz algunos resurgimientos. Como cuando se habla de la “labilidad emocional del negro”, de “la integración subcortical del

árabe”, de “la culpabilidad casi genérica del judío”, y que son ideas que se encuentran aún en algunos escritores contemporáneos. La monografía de J. Carothers, por ejemplo, auspiciada por la OMS, parte de supuestos “argumentos científicos” sobre la lobotomía fisiológica del negro de África.

Pero estas posiciones sectarias tienden, en todo caso, a desaparecer. Y ese racismo que se quiere racional, individual, determinado, genotípico y fenotípico, se transforma entonces en un racismo cultural. Y así el objeto del racismo deja de ser el hombre particular, para pasar a ser una cierta manera de existir. En casos extremos, se habla del mensaje, o del estilo cultural. Y aquí los “valores occidentales” reasumen peculiarmente el célebre llamado a la lucha de la “cruzada contra el infiel”.

Cierto que la ecuación morfológica no ha desaparecido totalmente, pero los hechos de los últimos treinta años han sacudido las convicciones más arraigadas, trastornando el tablero de juego, y reestructurando un gran número de relaciones. El recuerdo del nazismo, la común miseria de hombres diferentes, el avasallamiento compartido de grupos sociales importantes, la aparición de “colonias europeas”, es decir, la institución de un régimen colonial dentro de los propios territorios de Europa, la adquisición de conciencia de los trabajadores de los países colonizadores y racistas, la evolución de las técnicas, todo esto ha modificado profundamente el aspecto del problema. Lo que hace necesario que indagemos, al nivel de la cultura, las consecuencias de ese racismo.

El racismo, lo hemos visto, no es más que un elemento de un conjunto más vasto: el de la opresión sistematizada de un pueblo. ¿Cómo se comporta un pueblo que oprime? Aquí volvemos a encontrar algunas constantes.

En primer lugar, asistimos a la destrucción de los valores culturales, de los distintos

modos de existencia. La lengua, el vestido, las técnicas, son todos desvalorizados. ¿Cómo explicar esta constante? Y los psicólogos, que tienen tendencia a explicarlo todo por los movimientos del alma, pretenden encontrar este comportamiento como un hecho universal que se da al nivel de cualquiera de los posibles contactos entre particulares: se critica siempre en el otro un sombrero original, o una manera de hablar, o también de caminar...

No obstante, las tentativas de este género ignoran voluntariamente el carácter incomparable de la situación colonial. En realidad, las naciones que emprenden una guerra colonial, no están preocupadas primordialmente en el proceso de llevar a cabo una confrontación de distintas culturas. La guerra es por encima de todo un negocio comercial gigantesco, y todo problema a ella vinculado debe de ser relacionado a este punto de partida como criterio. El avasallamiento de la población autóctona, en el sentido más estricto, es su primera necesidad.

Por eso es que hace falta quebrar todos los sistemas de referencia de esa población autóctona. Con lo cual, la expropiación, el despojo, la raziá, e incluso el asesinato como objetivo, se complementan y reproducen mediante la destrucción de los esquemas culturales. De este modo, el panorama cultural es desestructurado, y sus valores degradados, rotos y vaciados. Así, las antiguas líneas de fuerza cultural se desploman y ya no ordenan más. Pues tienen enfrente de sí a un nuevo conjunto, impuesto, no propuesto sino afirmado brutalmente, y apoyado en el poder indudable de los cañones y los sables.

Sin embargo, el entronizamiento del régimen colonial no entraña la muerte absoluta de la cultura autóctona. Por el contrario, de la observación histórica resulta que el fin buscado es más el de una continua agonía de la vieja cultura que su desaparición

total. Ahora esta cultura, otrora viva y abierta hacia el futuro, se cierra, congelada en el estatuto colonial, y puesta en la picota de la opresión. A la vez presente pero momificada, ella se voltea en contra de sus propios miembros. Los define, en efecto, sin apelación. Porque la momificación cultural entraña una momificación del pensamiento individual. Y es así que la apatía, tan universalmente señalada como característica de los pueblos coloniales, no es más que la consecuencia lógica de esta operación. Por eso, el reclamo en torno de la pasividad e inercia que se imputa constantemente al "indígena" es el colmo de la mala fe. Como si le fuera posible a un hombre evolucionar, si no es dentro del marco de una cultura que lo reconozca y que él decide libremente asumir.

Y es de esta manera que asistimos a la aparición de organismos arcaicos, inertes, que funcionan bajo la vigilancia del opresor y que han sido calcados caricaturescamente de instituciones otrora fecundas. Estos organismos traducen, aparentemente, el respeto de la tradición, de las especificidades culturales, de la personalidad del pueblo oprimido. Pero en el fondo, este pseudorespeto se identifica de hecho con el menosprecio más consecuente, con el sadismo más elaborado. Porque la característica de una cultura es la de ser abierta, recorrida por líneas de fuerza espontáneas, generosas, fecundas. En cambio, la instalación de "hombres de confianza" encargados de ejecutar ciertos gestos, es una mistificación que no engaña a nadie. Por eso los *djemaas* kabiles nombrados por la autoridad francesa no son reconocidos por los autóctonos. Al lado de ellos existen otros *djemaas* elegidos democráticamente. Y naturalmente, los segundos dictan, en gran parte, la conducta de los primeros.

Entonces, la constante afirmación de "respetar la cultura de las poblaciones autóctonas" no significa, pues, considerar

los valores aportados por esa cultura, y encarnados por los hombres. Más bien y muy pronto, se advierte detrás de estas frases una voluntad de objetivar, de encasillar, de acotar y de enquistar. Frases tales como “yo los conozco”, “ellos son así”, traducen esta objetivación máxima alcanzada. Objetivación que también nos permite conocer los gestos y los pensamientos que definen a los hombres que la aplican.

El exotismo es una de las formas de esta simplificación. Pero desde el mismo, no puede existir confrontación cultural

alguna. Pues él postula que de una parte hay una cultura, a la que se le reconocen las cualidades del dinamismo, de la expansión, de la profundidad. Una cultura en movimiento, y en perpetua renovación. Pero frente a ella, desde esta simplificación, sólo se encuentran características, curiosidades, cosas, más nunca jamás una verdadera estructura.

Así, en una primera fase, el ocupante instala su dominio y afirma masivamente su superioridad. Mientras que el grupo social sometido militar y económicamente, es deshumanizado según un método polidimensional. Entonces, la explotación, las torturas, las razias, el racismo, las liquidaciones colectivas y la opresión racional se suceden en diferentes niveles para convertir al habitante autóctono, literalmente, en un objeto entre las manos de la nación ocupante. Este hombre objeto, sin medios de existencia, sin razón de ser, es quebrantado en lo más íntimo de su sustancia. El deseo de vivir, de continuar, se hace más y más indeciso, más y más

*Así, en una primera fase, el ocupante instala su dominio y afirma masivamente su superioridad. Mientras que el grupo social sometido militar y económicamente, es deshumanizado según un método polidimensional. Entonces, la explotación, las torturas, las razias, el racismo, las liquidaciones colectivas y la opresión racional se suceden en diferentes niveles...*

fantasmal. En este estado de cosas aparece el famoso complejo de culpabilidad, del que Wright nos da una descripción muy detallada en sus primeras novelas.

Sin embargo, progresivamente, la evolución de las técnicas de producción, y la industrialización, por otra parte limitada, de los países sojuzgados, la existencia más y más necesaria de colaboradores, imponen al ocupante una nueva actitud. La complejidad de los medios de producción y la evolución de las relaciones económicas será acompañada, de buen grado

o a la fuerza, con el cambio en las ideologías que, en las nuevas circunstancias, comienzan ahora a desequilibrar el sistema. De modo que si el racismo vulgar en su forma biológica, corresponde al periodo de explotación brutal de los cuerpos, de los brazos y las piernas del hombre, en cambio la perfección de los medios de producción provoca, fatalmente, el camuflaje de esas nuevas técnicas de explotación del hombre y, por consiguiente, la mutación de las formas del racismo imperante.

De manera que no es ninguna evolución de los espíritus la que hace que el racismo pierda su inicial virulencia. Ninguna revolución interior es la que explica esta obligación del racismo de matizarse, de evolucionar. Más bien esto se debe al hecho de que, en todas partes, los hombres se liberan haciendo a un lado el letargo al que la opresión y el racismo los habían condenado.

Por eso, en pleno corazón de las “naciones civilizadoras”, los trabajadores descubren, finalmente, que la explotación del hombre que es la base de todo el sistema actual,

presenta diversos aspectos. Y en esta etapa, el racismo ya no se atreve a salir sin disfraz. Porque ahora se le cuestiona abiertamente. Y el racista, cada vez más, tiende ahora a ocultarse. Él, que pretendía ser capaz de “sentir” y de “adivinar”, se encuentra ahora confrontado, observado y juzgado. Y entonces el proyecto del racista se vuelve un proyecto imbuido de mala conciencia. En estas condiciones, la salvación no le puede venir más que de un compromiso emocional como el que encontramos en ciertas psicosis. Y el haber precisado la semiología de estos delirios pasionales, no es uno de los menores méritos del profesor Baruk.

El racismo nunca es entonces un simple elemento agregado, descubierto al azar de una investigación, en el seno de los elementos culturales de un grupo. Más bien, la entera constelación social y el conjunto cultural completo de las sociedades contemporáneas han sido ya transformados profundamente por esa existencia del racismo.

Se afirma comúnmente que el racismo es una llaga de la humanidad. Pero es necesario no quedarse satisfecho con tal frase. Es necesario, más bien, buscar incansablemente las repercusiones del racismo en todos los niveles de la sociabilidad. Por eso la importancia del problema racista en la literatura norteamericana contemporánea es significativa. El negro en el cine, el negro y el folklore, el judío y las historias para niños, el judío en la taberna, son hoy temas inagotables. Porque el racismo, para seguir con el caso de los Estados Unidos, es un hecho que hoy atormenta y vicia a toda la cultura norteamericana. Y esta gangrena dialéctica es exacerbada por la toma de conciencia y la voluntad de lucha de millones de negros y de judíos amenazados por ese racismo rampante.

Esta nueva fase pasional, irracional, sin justificación, del racismo actual, presenta a la mirada un aspecto espantoso. Porque la

mayor circulación de los grupos, junto a la liberación, en ciertas partes del mundo, de hombres anteriormente inferiorizados, vuelven más y más precario el equilibrio. Y entonces, de forma bastante inesperada, el grupo racista llega incluso a denunciar la aparición de un racismo entre los hombres oprimidos. Y así, la antigua acusación del “primitivismo intelectual” de los colonizados, propia del periodo de explotación, deja ahora el lugar al discurso sobre el “fanatismo medieval, incluso prehistórico” de estos colonizados en el actual periodo de liberación.

Hasta el punto de que, en un momento determinado, se pudo creer en la desaparición del racismo. Pero esta impresión eufórica, irreal, era simplemente la consecuencia de la evolución de las formas de explotación. Los psicólogos hablan aquí de un prejuicio que se ha vuelto inconsciente. La verdad es que el rigor del sistema vuelve superflua la afirmación cotidiana de la superioridad. Y las nuevas necesidades de un llamado a suscitar diversos grados de adhesión, o a la colaboración de los autóctonos, cambia las relaciones en un sentido menos brutal, más matizado, más “culto”. Por eso, no es raro ver aparecer en este estadio de desarrollo, una ideología “democrática y humana”. Con lo cual, la empresa comercial de avasallamiento y de destrucción cultural cede el paso, progresivamente, a una mistificación verbal.

El interés de esta evolución, está en que el racismo comienza a ser tomado como tema de meditación, e incluso en ocasiones también a ser utilizado como técnica publicitaria. Y es así como la música del *blues*, “lamento de esclavos negros” es presentado a la visión admirada de los opresores. Es un poco de opresión estilizada que retorna al explotador y al racista. Pero sin opresión y sin racismo no existe ese *blues*. Así que el fin del racismo será también la muerte de esa gran música negra... Como

diría el demasiado célebre Toynbee, el *blues* es una respuesta del esclavo frente al desafío de la opresión. Y en la actualidad, todavía para muchos hombres, aún para los de color, la música de Louis Armstrong no tiene verdadero sentido más que desde esta específica perspectiva.

El racismo descompone y desfigura todo el rostro de la cultura que lo practica. La literatura, las artes plásticas, las canciones para modistillas, los proverbios, las costumbres, los patrones generales, ya sea que se propongan criticarlo o banalizarlo, finalmente terminan restituyendo a ese racismo. Porque un grupo social, un país, una civilización, no pueden ser racistas inconscientemente.

Por eso afirmamos una vez más que el racismo no es un descubrimiento accidental, pues no es un elemento oculto o disimulado, ni tampoco exige esfuerzos sobrehumanos para evidenciarlo. Al contrario, el racismo salta a la vista porque él es parte de un conjunto más amplio que es característico, el conjunto o totalidad de la explotación desvergonzada de un grupo de hombres por parte de otro grupo humano que ha llegado a un estadio de desarrollo técnico superior. Debido a esto, la opresión militar y económica precede habitualmente e incluso hace posible y legítima a ese racismo. Por eso debe de ser abandonado el hábito de considerar al racismo como una disposición del espíritu, como una tara psicológica.

Pero el hombre arrinconado por este racismo, el grupo social sometido, explotado, desustancializado, ¿cómo se comportan? ¿Cuáles son sus mecanismos de defensa? ¿Qué actitudes descubrimos aquí?

En una primera fase, se ha visto al ocupante legitimar su dominación con supuestos argumentos científicos, que pretenden negar a la “raza inferior” en tanto tal raza. Desde esta óptica, y ya que ninguna otra solución le es posible, el grupo social racializado comienza ensayando la estrategia de imitar al opresor, y a través de ello desracializarse. Así, la “raza inferior” se niega en tanto que raza diferente. Y asume la situación de compartir con la “raza superior” las convicciones, doctrinas y otras concepciones que esta última le propone. Pues frente a la liquidación de sus sistemas de referencia, y al derrumbe de sus esquemas culturales, no le queda al autóctono más que reconocer, con el ocupante, que “Dios no está de su lado”. Y es así como el opresor, por ese carácter global y contundente de su autoridad, llega a imponer al autóctono nuevas maneras de ver, y especialmente un juicio peyorativo en cuanto a sus formas originales de existir.

Este acontecimiento, llamado comúnmente enajenación, es desde luego muy importante. Y se le encuentra en los textos oficiales bajo el nombre de proceso de asimilación. Pero esta enajenación nunca se logra totalmente. Puesto que el opresor limita la evolución, cuantitativa y cualitativamente, entonces hacen su aparición ciertos fenómenos imprevistos y heteróclitos.

Pues al inicio, el grupo inferiorizado había admitido, bajo el peso implacable de ciertos razonamientos, que su desventura procedía directamente de sus propias características raciales y culturales. La culpabilidad y el sentimiento de inferioridad son las consecuencias habituales de esta dialéctica<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Un fenómeno poco estudiado aparece a veces en esta etapa: que intelectuales o investigadores del grupo dominante, estudien “científicamente” a la sociedad dominada, a su estética, a su universo ético. De este modo, en las propias Universidades, los escasos intelectuales colonizados verán revelarse frente a sí todo el conjunto de su propio sistema cultural. Y llega un momento en que hasta los sabios de los países colonizadores se entusiasman por este o por aquel rasgo específico de la cultura colonizada bajo estudio. Y es aquí donde aparecen los conceptos de ‘pureza’, de ‘ingenuidad’ o de ‘inocencia’. Frente a esto, debe redoblar la vigilancia crítica del intelectual indígena.

El oprimido intenta entonces escapar a ellas, por una parte, proclamando su adhesión total e incondicional a los nuevos modelos culturales, y por otra parte, pronunciando una condena irreversible de su propio estilo cultural.

Sin embargo, la necesidad del opresor, en un momento dado, de disimular las formas de explotación, no implica la desaparición de esta última. Las relaciones económicas más elaboradas, menos groseras, exigen un nuevo ropaje cotidiano, pero la enajenación de base en este nivel sigue siendo terrible.

Por su lado, el oprimido, que ha juzgado, condenado, abandonado sus formas culturales, su lengua, su alimentación, sus costumbres sexuales, su manera de sentarse, de descansar, de reír, de divertirse, frente a esta nueva situación, y con toda la energía y tenacidad del náufrago, *va a darse de bruces totalmente* en contra de la cultura impuesta. Porque al desarrollar sus conocimientos técnicos, a partir del contacto con máquinas más y más perfeccionadas, y al entrar en el circuito dinámico de la producción industrial, al encontrar hombres de regiones alejadas en el marco de la concentración de los capitales y de los lugares de trabajo, al descubrir la cadena de montaje, el trabajo en equipo, el “tiempo” de producción o rendimiento por hora, al descubrir todo esto, el oprimido va a considerar como un escándalo la pervivencia de la actitud racista y de menosprecio hacia él.

En este momento, los colonizadores intentan convertir el racismo en una historia de personas. “Hay algunos racistas incorregibles, pero reconoced que en conjunto la gente los ama...”. No obstante y con el tiempo, también todo esto desaparecerá.

Existe en la ONU una comisión encargada de luchar contra el racismo. Y entonces se producen películas cinematográficas sobre el racismo, poemas sobre el racismo, mensajes sobre el racismo. Pero se trata sólo de

condenas espectaculares e inútiles del racismo. Porque la realidad es que un país colonial es necesariamente un país racista. Y si en Inglaterra, en Bélgica o en Francia, a despecho de los principios democráticos afirmados por estas naciones, existen aún racistas, son estos racistas los que, en contra del conjunto del país, tienen la razón. Porque lógicamente, no es posible someter a los hombres sin, al mismo tiempo, inferiorizarlos poco a poco. Y el racismo no es más que la explicación emocional, afectiva, e incluso algunas veces intelectual, de esta inferiorización.

El racista, pues, es normal dentro de una cultura que incluye el racismo. En él, la adecuación de las relaciones económicas y de la ideología que ellas implican son perfectas. Aunque es verdad que la idea que nos formamos del hombre nunca depende totalmente de las relaciones económicas, es decir, no olvidemos que las relaciones existen histórica y geográficamente entre los hombres y los grupos. Por eso, cada vez más miembros pertenecientes a sociedades racistas toman una posición crítica frente al racismo. Ponen su vida al servicio de la lucha por un mundo en el cual el racismo será imposible. Pero esta toma de distancia, este abstraerse de su mundo inmediato, este noble compromiso no está al alcance de todos. Pues no se puede exigir sin consecuencias negativas que un hombre se afirme en contra de los “prejuicios de su grupo”.

Reafirmemos entonces nuevamente, que todo grupo colonialista es racista.

Por su parte, y a la vez “aculturado” y deculturado, el oprimido sigue confrontándose contra el racismo. Encuentra ilógicas sus secuelas e inexplicable cuanto le ha ocurrido, carente de motivos, poco claro. Porque sus conocimientos, la apropiación de técnicas precisas y complicadas, e incluso su superioridad intelectual en comparación de muchos de

los racistas, lo llevaron a pensar que las causas del mundo racista son pasionales y no racionales. Pues se da cuenta de que la atmósfera racista impregna todos los elementos de la vida social. Entonces, el sentimiento de una injusticia agobiante se vuelve algo muy vivo. Y así, olvidándose del racismo—consecuencia, el oprimido se vuelca hacia el tema del racismo—causa. Y se emprenden campañas de desintoxicación de los racistas, haciendo llamados al sentido de lo humano, al amor, al respeto de los valores supremos.

Pero de hecho, el racismo obedece a una lógica sin fisuras. Porque un país que para vivir tiene que extraer su sustancia vital de la explotación de pueblos diferentes, es un país que forzosamente deberá inferiorizar a esos pueblos. De modo que el racismo aplicado a estos pueblos es normal.

El racismo no es, pues, una constante del espíritu humano. Es más bien, como lo hemos visto, una disposición inscrita en un sistema social determinado. Y en este sentido, el racismo judío no es diferente del racismo negro. Pues una sociedad es racista, o no lo es. No existen grados diversos de racismo. Y no basta con decir que tal país es racista pero que en él no se realizan linchamientos ni existen campos de exterminio. Porque lo cierto es que todo esto, e incluso más, está siempre presente dentro del horizonte. Estas virtualidades, estas fuerzas latentes dentro de cualquier país racista, circulan dinámicamente, inscritas dentro de la vida de las relaciones psicoafectivas, igual que de las relaciones económicas, etc.

*Y en este sentido, el racismo judío no es diferente del racismo negro. Pues una sociedad es racista, o no lo es. No existen grados diversos de racismo. Y no basta con decir que tal país es racista pero que en él no se realizan linchamientos ni existen campos de exterminio. Porque lo cierto es que todo esto, e incluso más, está siempre presente dentro del horizonte.*

Pero al descubrir la inutilidad de su propia enajenación y la profundidad del despojo del que ha sido víctima, el inferiorizado, después de esa fase de desculturación y de extrañamiento, va a reencontrar sus raíces originales. Y entonces el inferiorizado se sumerge con pasión en su antigua cultura, que había sido abandonada, dejada de lado, rechazada y menospreciada. Y esto, desde una actitud claramente exagerada que psicológicamente se asemeja al deseo de hacerse perdonar.

Pero detrás de este análisis simplificador existe en el

inferiorizado la intuición de una verdad que se muestra espontáneamente. Porque este itinerario psicológico desemboca finalmente en la Historia y en la Verdad.

Así, al inicio y frente a un estilo cultural que antes ha sido desvalorizado, el inferiorizado instituye una suerte de 'culto' de la propia cultura. Tal caricatura de la existencia cultural significaría, si fuera cierta, que la cultura sólo puede vivirse, pero no puede fraccionarse, que no puede ser cortada en fragmentos.

En cualquier caso, el oprimido se extasía con cada nuevo redescubrimiento. El hecho de maravillarse es permanente. Antaño emigrado de su cultura, el autóctono la explora hoy con arrebatos. Se trata, pues, de una suerte de espasmos continuos. El antiguo inferiorizado está ahora como en un estado de gracia. Pero no se sufre impunemente la dominación. La cultura del pueblo sometido está esclerosada, agonizante. No le circula ya ninguna vida. O más precisamente, la única vida existente está disimulada. La población, que

normalmente asume aquí y allá algunos trozos de esa vida, trozos que mantienen algunas significaciones aún dinámicas dentro de las instituciones, es una población anónima. A la que, en el régimen colonial, se le llama el sector de los tradicionalistas.

Pero el antiguo emigrado, por la súbita ambigüedad de su comportamiento, introduce el escándalo. Al anonimato del tradicionalista, opone un exhibicionismo vehemente y agresivo. Por eso, estado de gracia y agresividad son dos constantes que volvemos a encontrar en este estadio. Pues la agresividad es el mecanismo pasional que permite escapar a los efectos ineludibles de la paradoja. Porque dado que el antiguo emigrado posee ya técnicas precisas, y su nivel de acción se sitúa en el marco de relaciones ya complejas, estos reencuentros revisten un aspecto irracional. Pues existe un foso, una separación entre el desarrollo intelectual, la apropiación técnica, las modalidades de pensamiento y de lógica, altamente diferenciados, y una base emocional “simple, pura”, etc. Reencontrando la tradición, a la que vive como mecanismo de defensa, como símbolo de pureza, como salvación, el desculturado deja la impresión de que la mediación se venga sustancializándose. Por eso, el reflujó hacia posiciones arcaicas, sin relación con el desarrollo técnico actual, resulta algo paradójico. Porque las instituciones reivindicadas de este modo, ya no corresponden a los elaborados métodos de acción adquiridos.

La cultura enclaustrada, vegetativa, por culpa de la dominación extranjera, es entonces revalorizada. Pero no es nuevamente pensada, recuperada, redinamizada desde su propio interior. Más bien es gritada y proclamada. Y esta revalorización súbita, no estructurada, verbal, encubre ciertas actitudes paradójicas. Pues en ese momento, los colonizadores

vuelven a hacer mención del carácter incorregible de los inferiorizados. Y a recordar, por ejemplo, que los médicos árabes duermen en tierra, que escupen sin importarles dónde, o que los intelectuales negros consultan al brujo antes de tomar cualquier decisión, etc. Y los intelectuales “colaboradores” tratan de justificar esta nueva actitud, afirmando que las costumbres, tradiciones, creencias, antaño negadas y silenciadas, ahora son violentamente valorizadas y afirmadas.

Pero la tradición ya no es ironizada por el grupo. El grupo no huye más. Y se reencuentra ahora el sentido del pasado, el culto de los ancestros. Es decir que el pasado, que ahora es visto como toda una constelación de valores, se identifica con la Verdad.

Este redescubrimiento, esta valorización absoluta de alcances casi irreales, objetivamente indefendible, reviste sin embargo una importancia subjetiva incomparable. Porque al salir de aquellos esponsales apasionados, el autóctono habrá decidido, con “conocimiento de causa”, luchar en contra de todas las formas de explotación y de enajenación del hombre. Por el contrario, el ocupante, durante esta etapa, va a multiplicar sus llamadas a la asimilación y a la integración, a la supuesta comunidad.

Pero el encuentro cuerpo a cuerpo del indígena con su cultura es una operación demasiado solemne, demasiado abrupta, para permitir cualquier falla. Ya que ningún neologismo puede enmascarar la nueva evidencia: el sumergirse en la inmensidad del pasado es condición y fuente de la libertad.

El objetivo final lógico de esta voluntad de lucha es la liberación total del territorio nacional. Con el propósito de realizar esta liberación, el inferiorizado pone en juego todos sus recursos, todas sus adquisiciones, las viejas y las nuevas, las suyas y las del

ocupante. Y se trata de una lucha que es total y absoluta. Pero a pesar de este carácter, no vemos aparecer aquí el racismo.

De modo que si en el momento de imponer su dominación, y para justificar la nueva esclavitud, el opresor había apelado a supuestas argumentaciones científicas, en la lucha de liberación total de los colonizados no encontramos en cambio nada semejante. Porque un pueblo que emprende una lucha de liberación, rara vez legitima el racismo. E incluso, ni aún en los periodos de agudas luchas armadas insurreccionales, se observan tomas de posición masivas basadas en este tipo de justificaciones biológicas.

Pues la lucha del inferiorizado se sitúa en un nivel que es claramente mucho más humano. Con perspectivas que son radicalmente nuevas. A partir de este momento, se tratará más bien de la oposición clásica entre una lucha de conquista y una lucha de liberación. Y en el curso de esta lucha, la nación dominadora tratará de renovar sus argumentos racistas, pero sólo para darse cuenta de que esa reelaboración del racismo es cada día más y más ineficaz. Así, se hablará de fanatismo, de

actitudes primitivas ante la muerte, pero una vez más el mecanismo ya socavado no responderá. Pues los antiguos inmóviles, los marginales legales, los miedosos, los inferiorizados de siempre, ahora se organizan y apoyan entre sí al mismo tiempo en que se levantan indignados. Frente a esto, el ocupante no comprende. Y es así que el fin del racismo comienza con una repentina incompreensión.

Y es sólo a partir de este fin del racismo, que la cultura pasmada y rígida del ocupante, por fin liberada, puede abrirse frente a la cultura del pueblo, el que sólo ahora se ha vuelto realmente fraterno. Entonces es cuando las dos culturas pueden realmente confrontarse y enriquecerse mutuamente. En conclusión, la verdadera universalidad reside en esta decisión de ser capaz de asumir el relativismo recíproco de culturas diferentes, una vez que se haya excluido irreversiblemente toda posible situación colonial.

\* \* \*

